



**ANA RUIZ OSUNA**

**Coordinadora**

**LA MUERTE EN CÓRDOBA:  
CREENCIAS, RITOS Y CEMENTERIOS (1)  
DE LA PREHISTORIA AL OCASO  
DE LA CIUDAD ROMANA**

**REAL ACADEMIA  
*DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE  
CÓRDOBA***

**2020**

LA MUERTE EN CÓRDOBA:  
CREENCIAS, RITOS Y CEMENTERIOS (1)  
Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

DE LA PREHISTORIA AL OCASO DE LA CIUDAD ROMANA  
Coordinadora: Ana Ruiz Osuna  
(Colección *T. Ramírez de Arellano XIII*)

© Portada: Inscripción funeraria de *Bassa* (Manuel Rubio Valverde)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-122980-9-3

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

---

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

# EL MUNDO FUNERARIO PROTOHISTÓRICO EN LA PROVINCIA DE CÓRDOBA. ESTELAS, ESCULTURAS Y NECRÓPOLIS

GUILLERMO LÓPEZ MERINO  
Universidad de Córdoba

## 1. Introducción

Son muchos los investigadores que han estudiado en profundidad el mundo protohistórico en el sur peninsular, con especial relevancia en la Cultura Ibérica. El caso que nos ocupa, la provincia de Córdoba, ha sido analizado por diferentes autores, que han ido incorporando, a través del análisis de los restos materiales, datos de enorme importancia para entender este periodo histórico. Uno de los compendios más interesantes fue el desarrollado por el Prof. Dr. Desiderio Vaquerizo Gil, *La Cultura Ibérica en Córdoba. Un ensayo de síntesis* (1999), donde realiza una completa aproximación al origen y características de la Cultura Ibérica cordobesa, así como a sus asentamientos y arquitectura. En el capítulo dedicado al mundo funerario presenta de manera somera, pero no por ello menos rigurosa, todo lo conocido hasta ese momento sobre este importante aspecto cultural. Tal y como afirma Vaquerizo (1999): “*el mundo ibérico ha sido prodigo en datos, pero muchos de ellos siguen siendo sometidos a crítica y están pendientes de nuevos hallazgos*”. Sirva por tanto esta breve disertación para analizar el punto en el que se encuentran dichas investigaciones, así como para conocer los aspectos más relevantes del mundo funerario protohistórico cordobés.

Lo funerario en la Cultura Ibérica se fundamenta en diversas características repetidas de manera categórica. En primer lugar, la utilización casi como rito único de la cremación, a excepción de los niños menores de un año, que eran inhumados (Santonja 1992: 37). El rito

de la cremación tiene un origen distinto según la zona, siendo en el sur peninsular producto de influjos coloniales (Rafel i Fontanals 1985: 15-16), aun cuando existen dudas al respecto, pues algunos autores estiman la existencia de cremaciones desde finales de la Edad del Bronce, antes de la colonización semita (Pereira 1989: 488). En las últimas décadas ha cobrado fuerza la idea de que las necrópolis ibéricas no reflejan las prácticas funerarias de la totalidad de la población, sino tan sólo de las clases más pudientes (Vaquerizo 1999: 108). En cualquier caso, parece claro que los difuntos eran objeto de todo un ceremonial en el que eran trasladados a las necrópolis acondicionados con sus mejores galas, expuestos y velados (Vaquerizo 1999: 108). Durante la cremación se celebraban banquetes rituales en los que se sacrificaban animales, además de libaciones en honor al difunto (Blánquez 1990). Tras la cremación, los huesos se retiraban y depositaban en un recipiente cerámico, depositándolo después en la tumba junto al ajuar del difunto y otras ofrendas (Vaquerizo 1999: 109-110). Las necrópolis solían situarse a unos 100-500 m de los poblados, siendo concebidos como “espacios sagrados” (Blánquez 1993: 114). En ocasiones las tumbas eran acompañadas por manifestaciones exteriores como túmulos, pilares-estela o monumentos turriformes que servían para transmitir el recuerdo del difunto (Vaquerizo 1999: 110). En las estructuras más monumentales se advierte un deseo claro de heroización similar a otros documentados por todo el Mediterráneo (Blánquez 1992: 260).

## **2. Manifestaciones funerarias del Bronce Final**

A pesar de la antigüedad de la mayoría de excavaciones en áreas funerarias ibéricas realizadas en la provincia, así como la falta de planificación y objetivos (Vaquerizo 1999: 114), es posible detallar algunos aspectos que pueden ayudar a la comprensión del mundo funerario ibérico cordobés. En primer lugar, cabe resaltar la ausencia de necrópolis y cualquier evidencia arqueológica funeraria en el llamado Bronce Final (Belén *et alii*, 1991: 225 ss.), fenómeno que afecta a toda la fachada atlántica europea. Este hecho, unido a la enorme cantidad de armas de este periodo recuperadas en los ríos y en las fisuras de las rocas, puede explicar la práctica de algún tipo de ritual donde los restos humanos eran depositados en las aguas (Ruiz-Galvez y Galán 1991: 258-260).



Fig. 1: Estela decorada de Ategua. Fuente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Estela\\_de\\_Ategua#/media/Archivo:Estela\\_de\\_Ategua\\_\(42978536241\).jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Estela_de_Ategua#/media/Archivo:Estela_de_Ategua_(42978536241).jpg)

Otro importante asunto de este periodo es el de las estelas decoradas, a las cuales se les ha venido atribuyendo tradicionalmente un carácter funerario. En la mayoría de los casos, sin embargo, han sido halladas sin estar asociadas a enterramientos cercanos. La hipótesis defendida por Ruiz-Gálvez (1991), Belén, Escacena o Bozzino (1991) deja de tratarlas como simples lápidas funerarias, para pasar a interpretarlas como hitos territoriales con valor económico, social, político y conmemorativo. En este sentido, cobra especial relevancia la estela de Ategua (Fig. 1), localizada en el Valle del Guadajoz, a pocos metros de la ciudad homónima, siendo uno de los ejemplares más complejos de cuantos han llegado hasta nosotros. Debido a su extraordina-

rio sentido narrativo, Bendala la relacionó con el Geométrico Reciente (Bendala 1977), hallándonos ante una escena funeraria de prótesis-lamentación y despedida fruto de la consideración heroizada del difunto-, tema que perdurará en el arte ibérico (Vaquerizo 1999: 118).

A parte del interesante ejemplar conservado en Ategua, en el resto de la provincia de Córdoba se han localizado otras piezas de enorme interés. Destacan cinco estelas con decoración esquemática documentadas en el Valle del Zújar, limitando con la provincia de Badajoz, pero en el término municipal de El Viso (Córdoba) (Murillo 1994a: 16). En la misma zona, entre los ríos Guadalmez y Zújar, se localizó la llamada Estela de Vega del Guadalmez, donde aparecen dos personajes, uno de ellos parcialmente perdido, así como un animal de pequeño tamaño y otros elementos típicos de estas representaciones -arco, fíbula, espejo y peine- (Ruiz Lara 1986). De este mismo entorno es la Estela de Belalcázar, hallada en la Vega del río Guadamatilla, en la que se aprecia una figura femenina, a juzgar por la representación de los senos (Enríquez y Celestino 1984: 243). O la Estela de La Berfilla, procedente de la finca del mismo nombre, en la margen derecha del Zújar, donde aparece una figura humana ataviada con un complejo tocado o diadema constituida por círculos concéntricos (Bueno *et alii* 1984: 479-480). En el Valle del Guadalquivir, y a pocos kilómetros de la capital, se localizó la Estela del Cortijo de la Vega, con una decoración consistente en un escudo de doble círculo y una lanza de punta foliácea (Morena y Muñoz 1990). Próxima a esta, junto al Cortijo de Ribera Alta, se halló otra estela de similares características, donde se representan los mismos elementos, además de una espada pistiliforme (Murillo 1994a: 21). Otro interesante ejemplar fue localizado en Montemayor, reuniendo las mismas características de todas estas estelas de guerrero (Ferrer 1999: 65). En Torrecampo se conserva otra pieza realizada en diorita procedente de la zona del río Guadalmez, donde se representa una figura humana con casco, acompañada de elementos propios de un guerrero -fibula, lanza y escudo-, el peine y el espejo y un carro tirado por dos cuadrúpedos (Murillo *et alii* 2005: 9-12). En Espiel se conserva otra estela localizada junto al río Guadiato y realizada en piedra caliza, en la que se distingue un escudo, un astil de lanza y una fíbula (Murillo *et alii* 2005: 14). En Cerro Muriano (Córdoba) fueron hallados otros dos ejemplares con los elementos característicos de este tipo de piezas (Murillo *et alii*

2005: 14-19); así como otra en Espejo, de la que solo contamos con un dibujo de sus elementos representados (Murillo *et alii* 2005: 20). En Guadalcazar se localizan otras dos estelas, cuya particularidad radica en haber aparecido junto a tres vasos cerámicos, permitiendo cierta contextualización (Murillo *et alii* 2005: 25). En el Carpio fue descubierto otro interesante ejemplar reutilizado como material constructivo y que destaca especialmente por su carácter narrativo (Martínez 2008: 12-14), así como otra posible estela documentada en Palma del Río (Murillo *et alii* 2005: 34-35). En los últimos años se han seguido descubriendo distintos fragmentos correspondientes a estelas de guerrero, como las dos halladas en Belalcázar, enmarcadas dentro del grupo del Valle del Zújar<sup>1</sup>, donde vuelven a representarse los elementos característicos.

### 3. Fase Ibérica Antigua: necrópolis y escultura zoomorfa

Ya en una fase ibérica antigua (siglos VI y V a.C.), tenemos algunos restos que nos permiten analizar con mayor profundidad las prácticas funerarias ibéricas tempranas: Campo de la Verdad, Córdoba (Murillo 1994b: 407 ss.), Cerro del Castillo, Carcabuey (Vaquerizo 1983-84), Necrópolis de los Torviscales, Fuente Tójar (Marcos y Vicent, 1983-84) o el Cerro del Minguillar, Baena (Muñoz Amilibia 1987), por citar solo algunos ejemplos. No obstante, en la mayoría de estos casos no se han localizado un elevado número de tumbas, disponiendo sobre todo de hallazgos aislados (Vaquerizo 1999: 121). En cuanto a la estatuaria monumental, puede ya verse perfectamente formada durante estas fechas, hecho que se repite en el caso cordobés, donde muchas de las esculturas, todas zoomorfas, pertenecen a este periodo (Vaquerizo 1999: 122).

En una siguiente fase (mediados del siglo V a.C.-comienzos del siglo III a.C.) se alcanza el esplendor de la Cultura Ibérica, advirtiéndose una mayor espectacularidad en su urbanismo, necrópolis, cerámica,

<sup>1</sup> Recuperado de:

<https://www.lavanguardia.com/politica/20200714/482319000547/un-pastor-halla-en-belalcazar-una-estela-de-guerrero-de-la-edad-del-bronze.html>;

[https://cordopolis.eldiario.es/cordoba-hoy/hallazgo-arqueologico-cordoba-estela-guerrero-belalcazar\\_1\\_7084177.html](https://cordopolis.eldiario.es/cordoba-hoy/hallazgo-arqueologico-cordoba-estela-guerrero-belalcazar_1_7084177.html)

escultura y otras manifestaciones. No obstante, debido a la inmutabilidad de sus formas estéticas una vez maduradas, la definición de este periodo resulta muy compleja, pues donde antes abundaban los yacimientos adscritos a plena época ibérica, hoy día muchos de ellos están pendientes de confirmación. (Vaquerizo 1999: 124). A este periodo se adscriben, entre otras, la Necrópolis de Los Collados, Almedinilla (Vaquerizo 1990a 1990b, 61 ss.), en relación con la documentada del Cerro de la Cruz (Vaquerizo 1990b: 61 ss.), así como la de Los Torviscales, Fuente Tójar (Marcos y Vicent 1983-84).

La necrópolis de Los Collados fue dada a conocer por Luis Maraver y Alfaro, cuya memoria de 1868 constituye prácticamente la única fuente de datos. En ella se documentaron 253 enterramientos de incineración, a excepción de tres. Si bien algunas sepulturas contenían un solo vaso cerámico, la mayoría proporcionaron de tres a siete, encontrándose también tres urnas cinerarias de piedra. En algunos de los vasos se localizaron restos de más de un cadáver, llegando en ocasiones hasta cuatro. En cuanto a la morfología de las tumbas, estaban compuestas por cuatro losas cuidadosamente colocadas, más una de base y otra de tapa (Maraver 1868). Maraver llevó la cronología de esta necrópolis a época romana, siendo los investigadores P. París y A. Engel quienes la adscribieron correctamente a la Cultura Ibérica (París y Engel 1906). Los excavadores franceses constataron en la ladera del Cerro de la Cruz un gran número de tumbas de incineración que afloraban a la superficie, con restos de cremación recogidos en urnas (Fig. 2) y algunos ajuares (Paris y Engel 1906: 56). Entre los objetos recuperados destacaron varios que, si bien no fueron datados, pueden relacionarse a un contexto ibérico -pequeña hoz, podadera, hojas de cuchillo, etc.- (Vaquerizo 1999: 131). La mayoría de los fragmentos cerámicos fueron interpretados como pertenecientes a grandes vasos con decoración geométrica, claramente ibéricos, al igual que una colección conservada en Alcalá la Real compuesta por cuatro falcatas, tres hojas de lanza, dos soliferra y una gran espada, pertenecientes al mismo yacimiento. Al plantear la cronología tanto de Los Collados como del Cerro de la Cruz, no dudaron en situarla antes de época romana, afirmando que las sepulturas debían remontarse a finales del siglo V o comienzos del IV a.C., aproximación tradicional y generalmente aceptada (Vaquerizo 1999: 131-132).

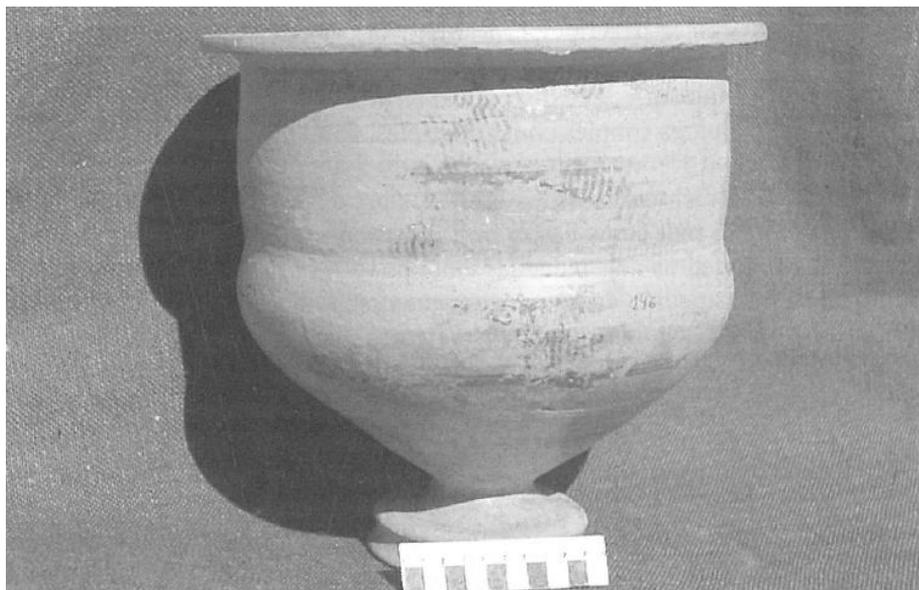


Fig. 2: Los Collados (Almedinilla). Urna cineraria, versión indígena de una crátera griega de campana. M.A.P.C.O. Fuente: Vaquerizo, 1999: 137

En cuanto a las modalidades de enterramiento identificadas en Almedinilla, podemos encontrar distintas tipologías. En primer lugar, las tumbas de cinco cámaras, descritas por Maraver, pero sin proporcionar una descripción suficiente acerca de su morfología (Maraver 1868: 319). Si bien se han documentado tumbas de cámara en diversos lugares de la Península Ibérica (Almagro Gorbea 1982), estas no se corresponden con la morfología de enterramiento localizada en Almedinilla. En estas tumbas de cámara solían aparecer cajas funerarias o *larnakes* utilizadas como urnas para contener los restos cremados del difunto, que pueden ponerse en relación con las tres urnas cinerarias de piedra documentadas en Almedinilla, y a su vez con las de otros puntos del Sureste y la Alta Andalucía (Vaquerizo 1999: 134-135). Este fenómeno queda enmarcado en su contexto mediterráneo, haciendo resaltar la relación con el mundo etrusco u oriental (Olmos 1982: 260 ss.).

Según Olmos, existe cierto paralelismo entre la casa y el lugar de enterramiento, como puede verse en la ubicación de las cajas funerarias y cráteras en el rincón más íntimo de algunas tumbas. Según esta

teoría el uso de cajas funerarias puede ser un eco del rito agárico de enterramiento en cistas y el de la cratera-urna de enterramiento en tinaja. La cámara-hipogeo es además un influjo fenicio y el uso de cajas y crateras es una penetración del mundo espiritual griego, lo cual refuerza el sincretismo que caracteriza a la Cultura Ibérica (Olmos 1982: 260 ss.). Para algunos autores existe incluso una relación geográfica y funcional entre las tumbas de cámara y las cajas funerarias, lo cual estaría marcando los límites culturales de la Bastetania, donde se enterrarían las cenizas del difunto en cámaras, túmulos rectangulares o simples hoyos, junto con larnakes y crateras. Al Norte, sin embargo, habría además de tumbas tipo hoyo, monumentos turriformes, pilares-estela y sepulturas tumulares (Vaquerizo 1999: 136). Según esta teoría, debemos distinguir en la provincia de Córdoba dos áreas culturales, una en la sierra de la Subbética, con tumbas de cámara, larnakes y cistas, sin escultura; y otra al Norte de Baena y Cabra que afecta a toda la Campiña, con gran abundancia de representaciones escultóricas -de posibles monumentos turriformes- pero sin conocer la tipología exacta de enterramientos (Vaquerizo 1999: 136).

En cuanto a las tumbas simples en forma de cista, se encontraron en Almedinilla diseminadas sin ningún esquema y formadas por nichos cuadrados limitados por cuatro losas dispuestas en posición vertical, una más como base y otra como tapa, acuñadas con piedras más pequeñas al exterior e interior (Maraver 1868: 309-327). Este tipo de enterramiento es uno de los más típicos del mundo ibérico, siendo para algunos investigadores sepulturas de rango inferior (Almagro Gorbea 1983: 232-233) o de estatus medio (Pereira, 1989: 480). Si bien, este tipo de sepulturas aparecen en varias necrópolis andaluzas, el paralelo más próximo lo encontramos sin duda en Fuente Tójar (Marcos y Vicent 1983-84: 11 ss.).

Para finalizar, las tumbas simples en hoyo, que cuentan solo con una urna y fueron documentadas exclusivamente en el Cerro de la Cruz, motivo por el cual se englobaron en una necrópolis distinta a la de Los Collados. Este tipo de sepultura pudo corresponder a una clase inferior con menos medios, estando ampliamente representadas en el Sudeste y Alta Andalucía (Vaquerizo 1999: 139-140).

Centrándonos en los ajuares, el conjunto recuperado por Maraver en Almedinilla se conserva hoy día de manera muy reducida. Aunque

se desconocen los aspectos contextuales, pueden ser clasificados según su tipología. En primer lugar, los materiales cerámicos recuperados en Almedinilla ofrecen una problemática general, como es la falta de referencias seguras en cuanto a datación, lo que obliga a recurrir a métodos indirectos basados en el contexto arqueológico (Vaquerizo 1999: 144). Los temas decorativos del repertorio cerámico de los poblados y necrópolis ibéricos andaluces comprendidos entre los siglos V y III a.C. suelen ser bastante uniformes, predominando las bandas horizontales estrechas y polícromas, alternando con series de semicírculos concéntricos, cuartos de círculo, “dientes de lobo” y líneas verticales onduladas o “aguas” (Escacena 1987). Un hecho interesante es el de las imitaciones indígenas que coinciden con las piezas originales en los mismos contextos (Pereira y Sánchez 1985: 99), siendo una dificultad añadida reconocer el intermediario cultural -sobre todo púnico o helénico- del que se ha imitado la forma y decoración (Olmos 1992: 21).

En cuanto al armamento, este supone un elemento de extraordinaria importancia a la hora de valorar el mundo funerario ibérico, por cuanto comporta connotaciones ideológicas que muestran la composición jerarquizada de las necrópolis y el pensamiento del guerrero (Vaquerizo 1999: 162). Entre el armamento recuperado en Almedinilla, concretamente en Los Collados, se encontraron una espada recta, falcatas, espadas cortas, hojas de laza, jabalinas, soliferreas, puntas de flecha y cuchillos afalcatados, todas ellas fuera de las urnas cinerarias, pero en contacto con las mismas (Vaquerizo 1999: 153). Frecuentemente, y para que tuvieran fácil acomodo dentro del cuadro sepulcral, algunas armas se doblaban, llegando incluso a inutilizar otras como parte de algún ritual desconocido, como si el arma muriese con su dueño (Vaquerizo 1999: 154-155). Otros elementos de enorme interés recuperados fueron las espuelas de bronce y bocados de caballo, animal muy especial en el mundo ibérico, tal y como denotan sus constantes representaciones de carácter figurativo. El acompañar al difunto con los arreos de su caballo puede interpretarse como símbolo de prestigio, poder y protección (Vaquerizo 1999: 163).

Entre otros utensilios recuperados en Almedinilla, destacan algunos objetos de posible carácter ritual como las granadas de barro, a las que se le atribuye un significado de inmortalidad por influjo griego (Blázquez 1977: 69 ss.). También se localizaron braseros de bronce,

en relación con alguna ceremonia ritual, coladores, fichas -gusto por lo lúdico-, caracoles y conchas con perforaciones -algún tipo de adorno- y una pátera de bronce (Vaquerizo 1999: 164-167). En cuanto a los objetos de vestido y adorno personal, destacan hebillas, broches de cinturón, botones, fíbulas, anillos, zarcillos y collares, todos ellos típicos elementos de adorno personal, que debieron formar parte de los tocados funerarios en el momento de la cremación de los cadáveres, siendo introducidos después en las urnas cinerarias (Vaquerizo 1999: 168).

En definitiva, parece claro que las necrópolis de Almedinilla dejan entrever un sistema social de carácter piramidal, hecho que se puede generalizar a toda el área de la Bastetania, incluyendo las necrópolis ibéricas del sureste cordobés, donde se contemplan tres niveles básicos de enterramientos. En primer lugar, tumbas complejas individuales o colectivas, que corresponderían al jefe local o familia dominante. En segundo lugar, tumbas de empedrado tumular y en forma de fosa o cista, correspondientes al estrato social de clase media; y en tercer lugar los enterramientos simples en hoyo, utilizados por el estrato social inferior, con ausencia de elementos de prestigio (Vaquerizo 1999: 171).

Otra de las necrópolis ibéricas más importantes de la provincia es la de Los Torviscales (Fuente Tójar), correspondiente a la etapa plenamente ibérica del yacimiento ubicado en el Cerro de las Cabezas. La necrópolis se situaba al Norte del poblado, fuera de su recinto amurallado (Vaquerizo 1999: 172-173). Marcos y Vicent exhumaron 49 sepulturas consistentes en un hoyo abierto en la tierra, limitado por losas o piedras y sin cubierta alguna, seguramente por efecto de los arados. Se trataban todos ellos de enterramientos de cremación, señalándose en algunos casos la existencia de sepulturas múltiples. Se documentaron también restos de algún *ustrinum* para cremar cadáveres (Marcos y Vicent 1983-84: 11 ss.). En cuanto a los ajuares, su núcleo fundamental se compone de vasijas cerámicas de producción indígena utilizadas como urnas cinerarias o contenedores de ofrendas, no faltando además objetos de carácter bélico y otros de tipo suntuario o relacionados con el vestido y adorno personal, como fíbulas, pendientes o cuentas de collar. Ninguna sepultura tenía un aspecto monumental ni riqueza en su ajuar, estableciendo una cronología entre fines del siglo VI y mediados del siglo IV a.C. (Vaquerizo 1999: 175).

Otra importante necrópolis es la de Torre Alta, en Priego de Córdoba, en la que, si bien contamos con poca información, se conoce la presencia de varios enterramientos de cremación con ricos ajuares de armas, entre las que destacan falcatas y puñales de frontón similares a los recuperados en Los Collados. Ello alude a una cronología similar a la citada necrópolis de Almedinilla, confirmando la localización en plena subbética de un foco cultural con personalidad propia, más relacionado con el Sudeste y la Alta Andalucía (Vaquerizo 1999: 178).

Por último, destacan los yacimientos del Cerro del Miguillar y del Cerro de los Molinillos, ambos en Baena. El primero fue objeto de varias campañas de excavación por parte de Muñoz Amilibia, aunque previamente se conocía la existencia de toda una serie de esculturas romanas y cráteras griegas de figuras rojas (Trías 1967: 489-490). No obstante, estos hallazgos tuvieron lugar de manera fortuita en el Cortijo de la Presa, a escasos kilómetros de Baena y en relación con el yacimiento de los Molinillos (Vaquerizo 1999: 180).

Otro de los aspectos más importantes a tratar dentro del mundo funerario ibérico es el de las representaciones escultóricas. Este tipo de hallazgos en la provincia de Córdoba son extraordinariamente abundantes, hasta el punto de que se ha llegado a defender la existencia de talleres locales (Chapa 1980; 1985). En la mayoría de los casos se les atribuye una relación con el mundo funerario, estando localizadas preferentemente en el Valle y la Campiña, con excepciones (Vaquerizo 1999: 181).

Podemos encontrar distintas tipologías: en primer lugar, los monumentos turriformes, interpretados como tales a partir del descubrimiento del conocido Pozo Moro (Almagro Gorbea 1983) y que en Córdoba han tenido que deducirse a partir de hallazgos de sillares zoomorfos de esquina o frisos esculpidos. La cronología abarca toda la etapa ibérica (Siglo VI-I a.C.), siendo interpretados por algunos como monumentos funerarios pertenecientes a los individuos más importantes de la sociedad ibérica (Almagro Gorbea 1983: 280). En la provincia de Córdoba tenemos el caso de La Rambla, donde se localizó un sillar de esquina con la representación de un jinete (finales siglo V-inicios del siglo IV a.C.) (Chapa 1985: 172), o el de Almodóvar del Río, donde se halló un sillar de caliza decorado con un friso

con una escena de cacería con representación de un ciervo, personajes a caballo y un carro tirado por asnos (IV-III a.C.) (Fig. 3) (Chapa 1985: 93-94; Almagro Gorbea 1983: 237 ss.). Ambas escenas pueden relacionarse con la heroización o glorificación del difunto vistas en otras manifestaciones de este tipo repartidas por todo el Mediterráneo (Almagro Gorbea 1992: 43 ss.).



Fig. 3: Almodóvar del Río. Relieve de tema cinegético supuestamente funerario. M.A.P.C.O. Fuente: Vaquerizo, 1999: 185

En cuanto a los pilares-estela, también son monumentos funerarios que pertenecían a la clase social privilegiada (Almagro Gorbea 1992: 45 ss.), siendo muy abundantes en el Sudeste y la Alta Andalucía y cuya cronología va desde la primera mitad del siglo VI al siglo IV a.C. (Vaquerizo 1999: 186). Son muchos los ejemplares de esculturas zoomorfas hallados en la provincia de Córdoba, sin embargo, todos han sido encontrados descontextualizados. No obstante, si se acepta la idea de que estas manifestaciones tienen valor funerario, el hallazgo de estas piezas por toda la campiña cordobesa estaría testimoniando la existencia de posibles necrópolis, a pesar de la ausencia de restos funerarios como tales. Esta teoría aun es aceptada con reservas y solo los avances en la investigación arqueológica pueden llegar a arrojar luz al respecto (Vaquerizo 1999: 187-188).

Entre las representaciones más comunes documentadas en la provincia tenemos los leones, casi todos hallados fuera de un contexto arqueológico. Su iconografía fue introducida en la península durante el llamado Periodo Orientalizante (Vaquerizo 1997), gracias a un co-

mercio basado en objetos de prestigio, cuyas formas fueron imitadas por los artesanos locales (Vaquerizo 1999: 190). En el caso cordobés, son muy interesantes los ejemplares aglutinados por Teresa Chapa (1985: 140: ss.), siempre exentos, echados y concebidos de manera individual y cuya concentración en la provincia ha llevado a suponer la existencia en la zona de Baena o Nueva Carteya de un importante taller con carácter indígena, definido por su esquematización y geometrización (Vaquerizo 1999: 191). Entre los ejemplares documentados se encuentran: un exvoto de piedra caliza que representa un león incompleto (Vaquerizo 1999: 188); seis ejemplares en el Cerro del Minguillar, Baena (Chapa 1985: 95); otro en el Cortijo del Vado Fresno, Albendín (Baena) (Morena y Godoy 1996: nº2 78 ss.) otro en Los Aguilones (Manga-Granada, Bujalance) (Chapa 1985: 100); una pequeña leona tallada en caliza blanca, de formas bastante cúbicas y cronología alta (Vaquerizo 1999: 188); otro ejemplar en Castro del Río (Chapa 1985: 97); otro en Quintos y Lavadero, Córdoba (Morena y Godoy 1996: nº1 76 ss.); otro en Fernán Núñez (Chapa 1985: 98); un fragmento de león en Montoro (Vicent 1982-83: 24); tres ejemplares más en Nueva Carteya (Chapa 1985: 100-101); otro en La Rambla (Chapa 1985: 102); y cuatro más en Santaella (López Palomo 1993: 2609 ss.). Recientemente se ha localizado un ejemplar en la localidad de La Rambla (Fig. 4), que ha sobresalido por su extraordinaria calidad y la sensación tan acusada de movimiento, encontrándose en pleno ataque a una presa, en este caso un carnero<sup>2</sup>.

En cuanto a los valores que este animal tenía para la Cultura Ibérica, podía ser un símbolo de fuerza, potencia, vigor, prestigio y poder personal, al igual que en Oriente desde la primera mitad del I milenio a.C. A estos valores, el mundo ibérico añadió virtudes como guardián e incluso cierto carácter heráldico, representando a cierta familia, individuo o clan. Si aceptamos la finalidad funeraria de estas imágenes, ejercerían como guardianes de la tumba, en un sentido apotropaico o incluso psicopompo, simbolizando en definitiva la inmortalidad y heroización (Vaquerizo 1999: 192). Este animal será el más común entre todos los documentados hasta los últimos años de la Cultura Ibé-

---

<sup>2</sup> Recuperado de [https://sevilla.abc.es/andalucia/cordoba/sevi-leonas-reportaje-cordoba-202012072046\\_noticia.html](https://sevilla.abc.es/andalucia/cordoba/sevi-leonas-reportaje-cordoba-202012072046_noticia.html)

rica. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo IV a.C., comienzan a convivir con escenas de *venationes* o combates rituales, que perdurarán hasta época romana. A partir del siglo III a.C. la escultura funeraria ibérica se rarificará, documentándose nuevas iconografías más autóctonas (Vaquerizo 1999: 194-195).

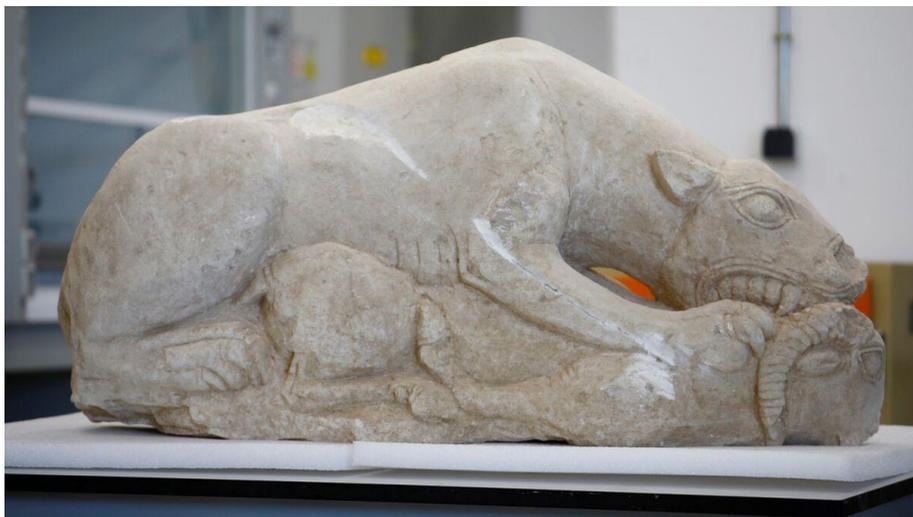


Fig. 4: León con carnero descubierto en La Rambla en el año 2020. Fuente: [https://www.eldiadedcordoba.es/ocio/escultura-ibera-Rambla-leona-loba\\_0\\_1516948903.html](https://www.eldiadedcordoba.es/ocio/escultura-ibera-Rambla-leona-loba_0_1516948903.html)

El toro también fue un animal frecuentemente representado, aunque en menor medida que el león. Es interesante como la mayoría de los casos documentados en la provincia de Córdoba, aparecen en localidades o yacimientos donde no han sido contrastados leones, lo que puede significar una preferencia hacia este animal como guardián de las tumbas (Vaquerizo 1999: 197). Todos los casos se mueven en una cronología entre finales del siglo V y el siglo III a.C. (Chapa 1985: 151 ss.). La importancia del toro en la España antigua es atestiguada por autores clásicos como Diodoro (IV, 12: 2) o Estrabón (III, 2: 2). Si bien algunos autores creen que el “toro ibérico” responde a una interpretación local no importada, lo cierto es que podemos encontrar paralelos a lo largo de todo el Mediterráneo (Blanco 1961-62; Chapa 1980 y 1986). Entre los ejemplares más importantes documentados se encuentran una pequeña escultura exenta de toro conservada en una co-

lección particular de Baena, que debe interpretarse como exvoto y, por tanto, no relacionable con el mundo funerario (Bandera 1979-1980: 399-400). También en Baena, en el Cerro del Minguillar, se conoce la existencia de una cabeza de toro y un bloque de piedra en el que aparece un cuerpo de cuadrúpedo a medio devastar, reutilizados (Muñoz Amilibia 1987: 63). Se conserva igualmente un ejemplar en Benamejí (Morena 1998: 106 ss.), el Cortijo de Malpartida (Córdoba) (Morena y Godoy 1996: nº3, 80 ss.), Espejo (Chapa 1985: 98), Montemayor (Chapa 1985: 100) y La Victoria (Chapa 1985: 104), así como tres ejemplares más en Santaella (López Palomo 1993a: 2613 ss.), si bien uno de ellos parece que proviene del área levantina (Sanmartí y Grego 1987: 265 ss.). Destaca también una cabeza de toro muy semejante a la de La Victoria en Ategua (Blanco 1983: 114), así como un pequeño toro de caliza blanca recuperado fuera de contexto en el entorno de las canteras de arenisca que abastecieron al poblado (Vaquerizo 1999: 196). En Castro del Río se descubrieron otros dos bóvidos realizados en piedra caliza, el primero en posición erguida y con la cabeza mirando al frente. El segundo fue localizado en el Cortijo del Polvillo-Santa Sofía, conservado en dos partes (cabeza y torso) (Morena 2004: 14-18). Del Cerro de los Molinillos (Baena) procede otra escultura de bulto redondo tallada en piedra caliza y en un estado de conservación muy deficiente, sin rastro de las extremidades inferiores (Morena 2004: 21).

La representación de caballos como parte de monumentos turri-formes fue también bastante común como parte de la Cultura Ibérica. Este tipo de iconografías estaban relacionadas directamente con la heroización del difunto, en conexión con personajes de cierta importancia social. Si bien resulta evidente el componente helenístico en su origen, el mundo púnico también pudo influenciar a este tipo de representaciones en la península ibérica (Vaquerizo 1999: 202). Destacan, entre otros, una cabeza de caballo sin atalaje con una cronología en torno al siglo IV a.C. identificado en Ategua (Chapa 1985: 94 y 166-167); también un fragmento de un personaje a caballo (Chapa 1985: 97-98), datado en torno al siglo IV a.C. (Vaquerizo 1999: 203); así como unas pequeñas pezuñas delanteras localizadas en Camorra de las Cabezuelas (Santaella), que habrían formado parte de una decoración arquitectónica (López Palomo 1993: 2616). En Córdoba, en las inmediaciones de El Cañuelo, se localizó un bajorrelieve de carác-

ter votivo que representa a un équido a galope y que quizás formara parte de un conjunto decorativo más amplio a manera de friso (Jurado 2001).

En cuanto a los cérvidos, tenemos pocos ejemplos en la provincia, todo ellos fechados entre los siglos V y IV a.C. El ciervo era cazado y consumido en Córdoba desde época ibérica, habiendo podido ser documentado de manera fehaciente gracias a los restos óseos recuperados en el Cerro de la Cruz, Almedinilla (Vaquerizo 1990b: 177). Este animal debe ser entendido dentro de una serie de creencias vinculadas con alguna divinidad de carácter indígena (Chapa 1985: 189). No obstante, en algunos casos es posible que aludieran a las actividades que el difunto querría realizar en otra vida, tal y como ocurre a lo largo de todo el Mediterráneo antiguo (Blanco 1964). Destacan, entre otras, las tres ciervas recuperadas en el Cerro de San Cristóbal, Baena, exentas y en posición echada, sin duda relacionadas con monumentos funerarios (Vicent 1982-83).

Otros animales comúnmente representados eran los cánidos, interpretándose como tal únicamente una pieza procedente del Cortijo de Prádana, en el término municipal de Córdoba (Chapa 1985: 102), y que formaba parte del remate de una tumba, sirviendo como fiel protector de la morada póstuma y su nuevo mundo (Chapa 1985: 199-201). También tenemos la representación de un jabalí en el Museo Arqueológico de Baena, animal poco común en la escultura ibérica, y que en este caso aparece echado, conservándose únicamente la cabeza y patas delanteras (Morena 1999: 42-44).

En resumen, es un rasgo común de la escultura zoomorfa cordobesa su hallazgo fuera de contexto arqueológico. De este modo, la interpretación de estas esculturas ha tenido que realizarse a través de su relación con fenómenos similares documentados en otras áreas ibéricas, como Andalucía Oriental o la zona levantina. Su dispersión por la provincia se limita al Valle del Guadalquivir y la Campiña, observándose una ausencia absoluta en el Norte de la provincia y casi total en la Subbética, lo que se ha visto como una diferenciación entre la Turdetania y la Bastetania (Almagro Gorbea 1982; Olmos 1982).

#### 4. La Baja Época Ibérica y los primeros contactos con la cultura romana

Durante la Baja Época Ibérica desaparecerán algunas de sus manifestaciones culturales más características, surgiendo otras no menos singulares. En cualquier caso, este periodo estará caracterizado por la desintegración paulatina de la Cultura Ibérica a favor de la propiamente romana. Los rituales funerarios ibéricos y romanos de este momento son prácticamente idénticos hasta alcanzar la denominada “fase de normalización ritual”, que llega en algunos casos hasta bien avanzado el siglo I d.C. (Fuentes 1992: 591). Roma no tuvo inconveniente en asumir cierta influencia de lo local, siendo esta una de sus principales herramientas de integración política (Bendala 1990). En Córdoba las manifestaciones funerarias ibéricas van a ser igualmente frecuentes durante este periodo, repartidas por toda su mitad meridional (Vaquerizo 1999: 206). En todos los casos se trata de enterramientos que siguen empleando la cerámica como contenedor de los restos cremados (Escacena 1989: 466 ss.), acompañados en ocasiones de manifestaciones escultóricas que testimonian el proceso de integración del mundo indígena en la cultura romana hasta fechas muy tardías (Vaquerizo *et alii*: 1992b). De esta etapa poseemos numerosos ejemplos que pasaremos a abordar en los siguientes párrafos:

En cuanto a los posibles enterramientos de carácter monumental, destaca el yacimiento de Torreparedones, donde se halló fuera de contexto un gran sillar con decoración escultórica en relieve que puede admitir una cierta relación funeraria (Fig. 5) (Vaquerizo 1999: 209). En él se representa una pareja en actitud oferente ante una columna rematada por una especie de capitel zoomorfo -león o carnero-. Esta escena era propia del mundo religioso -actos de libación y ofrenda- (Serrano y Morena 1988: 245 ss.), sin poder descartar también su relación con el mundo funerario. Su cronología se enmarca en torno a la primera mitad del siglo II a.C. (Vaquerizo 1999: 210). En el Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar) fue recuperada una pieza carente de nuevo de todo contexto stratigráfico. Se trataba de un pequeño sillar zoomorfo destinado a una construcción de presumible finalidad religiosa o funeraria. El bloque de caliza representaría a un carnero, cuya talla fue abandonada antes de darle la forma definitiva. Este ejemplar constituye uno de los pocos de escultura zoomorfa hallado en el ángulo

suroriental de la provincia cordobesa (Vaquerizo, 1999: 210-212). La mayoría de los hallazgos suelen rondar el siglo III a. C., siendo destinados a adornar las sepulturas ibéricas (Vaquerizo 1999: 214). La representación de este animal fue común en todo el Mediterráneo oriental, siendo utilizado en numerosos utensilios domésticos (Bartoloni 1992), útiles de bronce (Celestino 1991: 78 ss.) y exvotos (Prados 1988: 88). En Camorra de las Cabezuelas, Santaella, se localizaron algunos relieves de tradición indígena con representaciones de guerreros (López Palomo 1993: 2606 ss.), un relieve en el que aparece una pareja de oferentes portando una corona votiva -en relación con el relieve de Torreparedones- y finalmente, unos leones labrados en alto-relieve pertenecientes posiblemente a un monumento funerario. Todos ellos con una cronología cercana a la primera mitad del siglo I d.C. (López Palomo 1993: 2612 ss.).



Fig. 5: Torreparedones (Castro del Río). Sillar con decoración figurada, en el que una pareja de oferentes realiza una libación ante una estructura con capiteles zoomorfos; tal vez un templo. Museo Histórico Municipal de Cañete de las Torres (Fotog. J.A. Morena). Fuente: Vaquerizo, 1999: 208

En cuanto a los conjuntos funerarios destaca la Necrópolis de La Cabezuela, Fuente Tójar, intervenida por Luis Maraver y Alfaro en 1866. Se calcula una existencia de 40 tumbas con una media de 4 urnas por enterramiento, en forma de cista y conformada mediante lajas de piedra similares a las documentadas en Los Torviscales (Marcos y Vicent 1983-84: 19). Aparecieron también quemaderos cercanos a los enterramientos, con una gran cantidad de restos óseos, lo que sugiere la práctica tanto de deposiciones primarias como secundarias (Vaquerizo 1999: 216). Cada sepultura contenía junto a las urnas cinerarias un ajuar conformado por platos y vasos de formas variadas, así como objetos metálicos como fíbulas, anillos (Vicent 1984-85: 52). Según toda la información recopilada, desde el punto de vista ritualístico se puede relacionar la necrópolis con las excavadas en Los Collados (Vaquerizo 1990b: 61 ss.) y en Los Torviscales (Marcos y Vicent 1983-84). Además, gracias a los materiales localizados se conoce el uso de la misma hasta el siglo I d.C., encontrando su origen en los primeros instantes de dominación romana, o incluso en época altoimperial (Vaquerizo 1999: 217).

Otros enclaves funerarios con menor volumen de información son los documentados en el Cerro de la Cruz, Almedinilla, necrópolis de incineración en la ladera de dicho cerro (Vaquerizo 1990b: 66 ss.) que no tiene nada que ver con la documentada por Maraver en el siglo XIX. Esta pudo surgir debido a la imposibilidad de la población más humilde de enterrarse en la necrópolis general o en un momento tardío que habría modificado los criterios de enterramiento (Vaquerizo 1999: 218). También el Cerro del Puerto, Las Lagunillas (Priego de Córdoba), donde se hallaron materiales interpretados como ajuares de cremación, algunos de los cuales fueron datados en la primera mitad del siglo II a.C. (Vaquerizo 1983-84: 14 ss.). En Morana, Lucena, fue expoliada una gran necrópolis de cremación, localizándose un lote de materiales pertenecientes a un único ajuar con una cronología de la segunda mitad del siglo III a.C. (Vaquerizo 1999: 218). En Santaella se pueden señalar varios puntos donde quizás existieron necrópolis ibéricas, como el Olivar del Pósito, donde fue recuperada una urna ibérica con decoración pintada y restos óseos en su interior (López Palomo 1987: 148 y 175); Camorra de las Cabezuelas, con una urna con decoración de carácter geométrico (siglo III a.C.) (López Palomo 1993: 1954 ss.); el sector sureste de la población actual, con urnas

cinerarias más tardías (López Palomo 1993: 1609 ss.); Los Castillejos, con noticias sobre el desmonte de estructuras circulares, quizás enterramientos tumulares (López Palomo 1987: 149-150); o el Cerro de la Matilla, donde se supone la ubicación de una necrópolis ibérica relacionada con el poblado de La Muela (López Palomo 1987: 149). En Espejo contamos con una alusión a enterramientos prerromanos en el casco urbano, con urnas cinerarias pintadas de los siglos III y II a.C. (AAVV 1985b: 165), y en Almodóvar del Río, donde se dio a conocer una supuesta reproducción en terracota de la gran dama oferente del Cerro de los Santos, encontrada en el interior de una urna cineraria (Fernández Gómez 1982: 171 ss.).

En cuanto a Córdoba capital, salvo los pequeños indicios de la existencia de una necrópolis orientalizante en el Campo de la Verdad, el mundo funerario se pierde hasta época romana, cuando aparecen alrededor de la ciudad áreas funerarias con enterramientos de cremación y urnas pintadas de clara raíz indígena. Y es que el arranque del mundo funerario romano en Córdoba debe entenderse en el contexto de una culta y poderosa población local, que hace perdurar el gusto por sus cerámicas tradicionales hasta al menos el siglo I d.C. (Vaquerizo 1999: 221-222). Desde el punto de vista cronológico, los enterramientos de cremación se suelen llevar a época tardorrepública, si bien está comprobado su uso a lo largo de todo el siglo I d.C. Para entonces Córdoba contaba con varias áreas funerarias con sepulturas de tradición ibérica al menos en las necrópolis septentrional y occidental, destacando el enterramiento de cremación documentado por Samuel de los Santos Gener en el “Camino Viejo de Almodóvar”. Allí localizó un fragmento de una estatua femenina en terracota, el cual perteneció a una estatua oferente que porta entre sus manos un vaso de tipo caliciforme, datada en torno a la primera mitad del siglo I a.C. (Santos Gener 1955: 18-19; Vaquerizo 1999: 225).

En cuanto a las evidencias escultóricas de esta época, a partir del siglo III a.C. la escultura funeraria ibérica se rarifica, evidenciando cambios en los rituales. La escultura zoomorfa, abundante en el periodo anterior, ahora se vuelve más escasa, al tiempo que aparecen nuevas iconografías como el lobo o el carnero. Además, desaparecen en gran medida las tumbas de tipología “pilares-estela” (Vaquerizo 1999: 226). Tenemos ejemplares de leones en el Cerro de Los Molinillos (Baena), donde se localizó una escultura exenta tallada solo para ser

vista desde su lado derecho. Se caracteriza por su talla rudimentaria y el peso de la tradición previa, fechándose en el siglo II a.C. (Chapa 1985: 96 y 140 ss.). En Santaella se localizó un león en lucha con un gladiador, al que sujeta con sus garras, englobándose en una corriente helenística y en clara alusión al valor del personaje enterrado (Chapa 1985: 148 ss.). En La Camorra de las Cabezuelas se encontraron al menos dos leones labrados en altorrelieve, así como uno probable (López Palomo 1993: 2612-2613), con una cronología en torno a la primera mitad del siglo I a.C.; o el hallazgo de un fragmento de la melena de otro león en la Camorra de Puerto Rubio, entre Santaella, Aguilar y Puente Genil (Vaquerizo 1999: 228).

En cuanto a los carneros, además del ejemplar localizado en Fuente Tójar, perteneciente a un posible monumento turriforme, tan sólo se conoce otra pieza de pequeño tamaño conservada en el Museo Arqueológico de Córdoba, sin poder precisar su procedencia. En cuanto a los lobos, del Cerro de Los Molinillos (Baena) procede la representación de una hembra de este animal en actitud de amamantar a sus cachorros, y que además apresa entre sus garras una oveja o carnero. (Chapa 1985: 96 y 191). Esta iconografía ayudó a enfatizar su ferocidad, poder y carácter protector, siendo de clara tradición indígena, aunque fuertemente influida por el helenismo, con una cronología entre los siglos III-II a.C. (Blanco 1960: 40-43). Esta imagen se relaciona con el león del Cerro de los Molinillos, con el que pudo formar grupo adosado a una construcción de carácter monumental (Vaquerizo 1999: 228).

## 5. Recapitulación

Tras esta breve aproximación al mundo funerario prerromano cordobés, podemos colegir diversas peculiaridades. Del Bronce Final a la Fase Ibérica Antigua, y concretamente en los primeros siglos del I milenio a.C., las únicas manifestaciones funerarias conocidas son las “estelas decoradas” localizadas en la mitad septentrional de la provincia. Ya en el siglo VI a.C., durante los años iniciales de la etapa ibérica, las necrópolis se localizan en el ángulo suroriental cordobés y comienza a detectarse escultura en torno a distintos focos, que tendrán continuidad en las siguientes etapas. En la conocida como Época Plena, observamos un claro gusto por la escultura funeraria, fundamen-

talmente de carácter zoomorfo, sobre todo en el centro de la campiña cordobesa, con una prolongación hacia el ángulo Noreste, destacando la ausencia absoluta de escultura en toda la mitad Norte de Córdoba, así como en casi toda la Subbética. Por consiguiente, se puede hablar de tres áreas culturales que vienen a coincidir con las tres comarcas naturales en las que se divide la provincia (López Ontiveros *et alii* 1985), identificables quizás con las regiones de Baeturia, Turdetania y Bastetania (Vaquerizo 1999: 230). Durante la Baja Época desaparecen casi por completo las manifestaciones escultóricas zoomorfas, limitándose a pocos ejemplares localizados en sus centros de producción más importantes, Baena y Santaella (Vaquerizo 1999: 230). Son más frecuentes además los posibles monumentos turriformes, a pesar del empobrecimiento arquitectónico de los enterramientos ibéricos documentados (Fuentes 1992: 595), gracias quizás a las nuevas élites romanas y púnicas, que potenciaban este tipo de monumentos (Almagro Gorbea 1992: 49 ss.). Durante esta última etapa, el número de áreas funerarias resulta muy superior al de épocas pasadas, con una cronología posterior, en la mayoría de los casos, al siglo III a.C., ya en plena etapa republicana (Belén y Escacena 1992).

La morfología de las necrópolis perdurará, como se observa en la provincia de Córdoba, hasta bien entrado el siglo I d.C., documentando un proceso de mestizaje cultural que desemboca en la formación de lo hispanorromano (Vaquerizo 1999: 231). Ciertas zonas ofrecen rasgos más peculiares, como en el entorno de Santaella, donde se continúa una importante producción escultórica que entronca con la plástica hispanorromana, además de documentarse un gran número de necrópolis de tradición ibérica que rompen el proceso de uniformidad al que tiende la provincia a partir del siglo III a.C. (Fuentes 1992: 597 ss.). No obstante, en las últimas décadas se ha reforzado esta idea de perduración de los ritos y formas ibéricas (Muñoz Amilibia 1987; Vaquerizo *et alii* 1992; Vaquerizo *et alii* 1992). En definitiva, el mundo funerario ibérico cordobés posee unas características propias que le han hecho ser englobada dentro del área oriental o foco andaluz (Pereira 1989) -a excepción de los conjuntos de Fuente Tójar y Almedinilla-, debiendo ser considerada la provincia de Córdoba como un espacio de transición entre Bastetania y Turdetania (Vaquerizo 1999: 232).

## Bibliografía

- AA.VV. (1985): *Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba*, Vol. III, Córdoba.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1982): “Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación sociocultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos”. *Homenaje a C. Fernández Chicharro*, Madrid, pp. 249-259.
- \_\_\_\_\_ (1983): “Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica”, *Madridener Mitteilungen* 24, pp. 178-293.
- \_\_\_\_\_ (1992): “Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo”, *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*. Serie Varia 1, UAM, pp. 37-76.
- BARTOLINI, P. (1992): “Revipienti rituali fenici e punici dalla Sardegna”, *Rivista di Studi fenici e Punici* XX 2, pp. 123-142.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L.; BOZZINO, M. I. (1991): “El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación”, *Trabajos de Prehistoria* 48, pp. 225-256.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L. (1992): “Las necrópolis ibéricas de Andalucía Occidental”, *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Serie Varia 1. UAM, pp. 509-530.
- BENDALA, M. (1977): “Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos”, *Habis* 8, pp. 177-205.
- \_\_\_\_\_ (1990): “El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales”, *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und kaiserzeit*, pp. 25-42.
- BLANCO, A. (1960): “Orientalia II”, *Archivo Español de Arqueología* XXXIII, pp. 3-44.
- \_\_\_\_\_ (1961-62): “El toro ibérico”, *Homenaje al Prof. C. de Mergelina*, Murcia, pp. 163-196.
- \_\_\_\_\_ (1964): “A caça e seus deuses na Proto-história Peninsular”, *Revista de Guimarães* LXXIV, pp. 329-349.

- \_\_\_\_ (1983): "Ategua", *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15, pp. 93-135.
- BANDERA, M. L. de la (1979-80): "Nuevas figuras zoomorfas del bajo Guadalquivir", *Habis* 10-11, pp. 391-400.
- BLÁNQUEZ, J. J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas en la provincia de Albacete)*, Albacete.
- \_\_\_\_ (1992): "Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis, Serie Varia 1*, UAM, pp. 235-278.
- \_\_\_\_ (1993): "El mundo funerario albacetense y el problema de la escultura ibérica: la necrópolis de Los Villares", *Jornadas de Arqueología Albacetense en la U.A.M.*, Madrid, pp. 111-128.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1977): "El simbolismo funerario del huevo y la granada en las antiguas religiones mediterráneas", *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, pp. 69-98.
- BUENO, P. *et alii* (1984): "Tres nuevas estelas del Suroeste", *R.E.E.* XL 3, pp. 477-484.
- CELESTINO, S. (1991): "Nuevos jarros tartésicos de bronce en el Sur peninsular", *Madrider Mitteilungen* 32, pp. 58-85.
- CHAPA, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, 2 vols., Madrid, Universidad Complutense.
- \_\_\_\_ (1985): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, Madrid.
- \_\_\_\_ (1986): *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*, Madrid.
- ENRÍQUEZ, J. J.; CELESTINO, S. (1984): "Nuevas estelas decoradas de la cuenca del Guadiana", *Trabajos de Prehistoria* 41, pp. 203-209.
- ESCACENA, J. L. (1987): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral, Universidad de Sevilla.
- \_\_\_\_ (1989): "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", en AUBET, M<sup>a</sup> E. (Coord.), *Tartessos: arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Ed. AUSA, Sabadell, pp. 433-467

- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1982): “Una réplica en barro de la Dama del Cerro de los Santos”, *Homenaje a C. Fernández Chicharro*, Madrid, pp. 171-177.
- FERRER, E. (1999): “La estela decorada de Montemayor (Córdoba)”, *Antiquitas* 10, pp. 65-71.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1992): “La fase final de las necrópolis ibéricas”, *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis. Serie Varia 1*, UAM, pp. 587-606.
- JURADO, N. (2001): “Placa relivaria con équido del entorno de la aldea de El Cañuelo (Córdoba)”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 12, Córdoba, pp. 53-66.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. *et alii* (1985): “Rasgos físicos”, *Córdoba y su provincia*, Córdoba.
- LÓPEZ PALOMO, L. A. (1987): “Íberos y Celtas en la Penillanura de los Pedroches (Córdoba)”, *Revista de Arqueología* 69, pp. 37-45.
- \_\_\_\_\_ (1993): *El poblamiento protohistórico en el valle medio del Genil*, 3 vols, Tesis Doctoral (Inédita), Universidad de Córdoba.
- MARAVAR, L. (1868): “Expedición arqueológica a Almedinilla”, *Revista de Bellas Artes e Hco.-Arqueológica*, Serie II, t. II, pp. 307-323.
- MARCOS, A.; VICENT, A. M. (1983-84): “La necrópolis Ibero-Turdetana de Los Torviscales, Fuente Tójar”, *Novedades de Arqueología Cordobesa. Exposición “Bellas Artes 83”*, pp. 11-23.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, R. (2008): “La estela de El Carpio (Córdoba); avance a una nueva manifestación simbólica del Bronce Final en la Vega media del Guadalquivir”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 19, Córdoba, pp. 19-22.
- MORENA LÓPEZ, J. A. (1999): “Escultura zoomorfa ibérica: a propósito del jabalí del Museo Arqueológico de Baena (Córdoba)”, *AnMurcia* 15, pp. 41-56.
- \_\_\_\_\_ (1998): “Novedades arqueológicas en Benamejí (Córdoba): contribución al estudio de la Cultura Ibérica en el valle medio del Genil”, en CRIADO, J.; GARCÍA, M.; PORRO, M<sup>a</sup> J. (Coord.), *Actas de las Primeras Jornadas de la Real Academia de Córdoba*

- ba en Benamejé (16 y 17 de noviembre de 1996)*, Córdoba, pp. 95-126.
- \_\_\_\_ (2004): “Tres nuevos bóvidos ibéricos en piedra procedentes del Valle del Guadajoz (Córdoba)”, *Romula* 3, Sevilla, pp. 7-36.
- MORENA LÓPEZ, J. A., GODOY, F. (1996): “Tres esculturas zoomorfas inéditas de época ibérica en el Museo Arqueológico de Córdoba”, *Madriquer Mitteilungen* 37, Mainz, pp. 74-85
- MORENA LÓPEZ, J. A., MUÑOZ, J. F. (1990): “Nuevas estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba”, *Revista de Arqueología* 115, pp. 14-15.
- MUÑOZ AMIBILIA, A. M. (1987): “Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el municipio de Iponoba. El Cerro del Minguillar (Baena, Córdoba)”, *Los asentamientos ibéricos ante la Romanización*, pp. 63-68.
- MURILLO, J. F. (1994): *La Cultura tartésica en el Guadalquivir Medio*, Ariadna 13-14, Palma del Río.
- \_\_\_\_ (1994): “La Estela de la Ribera Alta (Córdoba): consideraciones en torno a las estelas decoradas con escudo, espada y lanza”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 5, Córdoba, pp. 11-32.
- MURILLO, J. F.; MORENA, J. A.; RUIZ LARA, D. (2005): “Nuevas estelas de guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y de Ciudad Real”, *Romula* 4, Sevilla, pp. 7-46.
- OLMOS, R. (1982): “Vaso griego y caja funeraria en la Bastetania ibérica”, *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, pp. 262-267.
- \_\_\_\_ (1992): “Religiosidad e ideología ibérica en el marco del Mediterráneo”, en VAQUERIZO, D. (Coord.), *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica. Actas de los Seminarios “Fons Mellaria”*, Córdoba, pp. 11-46.
- PARIS, P.; ENGEL, A. (1906): “Fouilles et recherches à Almedinilla (Province Cordoue)”, *Revue Archéologique*, Córdoba, t. I, pp. 213-234.
- PEREIRA, J.; SÁNCHEZ, C. (1985): “Imitaciones ibéricas de vasos áticos en Andalucía”, *Ceràmiques gregues i helenístiques a la Península Ibérica*, pp. 87-100.

- PEREIRA, J. (1989): “Necrópolis ibéricas andaluzas. Nuevas perspectivas en su valoración y estudio”, en AUBET, M<sup>a</sup> E. (Coord.): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, pp. 477-494.
- PRADOS, L. (1988): “Exvotos ibéricos de bronce: aspectos tipológicos y tecnológicos”, *Trabajos de Prehistoria* 45, pp. 175-200.
- RAFEL I FONTANALS, N. (1985): “El ritual d’enterrament iberic. Un assaig de reconstrucció”, *Fonaments* 5, pp. 13-31.
- RUIZ GÁLVEZ, M.; GALÁN, E. (1991): “Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales”, *Trabajos de Prehistoria* 48, pp. 257-273.
- RUIZ LARA, D. (1986): “Nueva estela decorada en el Valle del Zújar”, *Estudios de Prehistoria Cordobesa* 1, pp. 95-101.
- SANMARTÍ-GRECO, E. (1987): “Notas acerca de un bóvido ibérico en piedra del Museo Arqueológico de Barcelona”, *APL* XVII, pp. 261-273.
- SANTONJA, M. (1992): “Problemática de los enterramientos infantiles en las necrópolis de El Cigarralejo, Pozo Moro y Los Villares”, *BAEAA* 32, pp. 37-38.
- SANTOS GENER, S. (1955): *Memoria de las excavaciones del Plan nacional, realizadas en Córdoba (1948-1950)*, Informes y Memorias 31, Madrid.
- SERRANO, J.; MORENA, J. A. (1988): “Un relieve de Baja Época Ibérica procedente de Torreparedones (Castro del Río-Baena, Córdoba)”, *Archivo Español de Arqueología* 61, Madrid, pp. 245-248.
- TRÍAS, G. (1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, 2 vols., Valencia.
- VAQUERIZO, D. (1983-1984): “Notas sobre material ibérico conservado en el Museo Arqueológico Municipal de Priego de Córdoba (Córdoba)”, *Corduba Archaeologica* 14, pp. 11-25.
- \_\_\_\_ (1990a): “Armas de hierro de raigambre meseteña en la necrópolis de Los Collados (Almedinilla, Córdoba)”, *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp. 225-230.

- \_\_\_\_ (1990b): *El yacimiento ibérico de “Cerro de la Cruz” (Almedinilla, Córdoba). Avance a su excavación arqueológica sistemática*, Córdoba.
- \_\_\_\_ (1997): “El león, símbolo del poder”, *Revista de Arqueología* 197, Madrid, pp. 18-27.
- \_\_\_\_ (1999): *La Cultura Ibérica en Córdoba. Un ensayo de síntesis*, Córdoba: Cajasur.
- VAQUERIZO, D.; MURILLO, J. F.; QUESADA, F. (1992): “Excavación arqueológica con sondeos estratigráficos en Cerro de las Cabezas (Fuente Tójar, Córdoba). Campaña de 1991. Avance a su estudio”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 3, pp. 171-197.
- VAQUERIZO, D.; QUESADA, F.; MURILLO, J. F. (1992): “La cerámica ibérica del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Departamentos O, P, Ñ”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 3, Córdoba, pp. 51-112.
- VICENT, A. M. (1982-83): “Esculturas ibero-turdetanas de cérvidos de Baena”, *Corduba Archaeologica* 12, pp. 13-25.
- \_\_\_\_ (1984-85): “Expedición a Fuente Tójar (Córdoba), por L. Maraver”. *Corduba Archaeologica* 12, pp. 31-55.

*"El hecho en sí de la muerte representa sin excepción un auténtico shock que, lógicamente, tiene como principal protagonista (en este caso pasivo) al individuo que fallece, pero también a su familia, sus allegados más íntimos y, en último término, a la comunidad en la que habita.*

*Es bien sabido que el ser humano protagoniza varios acontecimientos clave a lo largo de su existencia, de entre los cuales su propia muerte es quizá aquél del que, siendo menos consciente, provoca una mayor catarsis en el microcosmos en torno al cual giró su propia vida"*

Desiderio Vaquerizo Gil

*Funus Cordubensium. Costumbres funerarias en la Córdoba romana (2001)*

